

LA PARADOJA EDITORIAL

La escasez de papel y la distorsión de los costos han hecho que, en Venezuela, los libros se hagan más caros, más raros y más conservadores en cuanto a tiraje y diversidad. Pero sigue habiendo una demanda que, hasta ahora, ha podido mantener a flote a un sector golpeado desde varios frentes.

Rafael Osío Cabrices

PROBABLEMENTE EL LECTOR COMPARTA la idea de que los venezolanos no leen y que, si existe alguna industria editorial, será muy marginal y, en todo caso, dependiente de los libros de texto. Pero la cosa no es tan simple. Es más rica e interesante. Aunque no hay, precisamente, un ambiente de optimismo en este sector, mucha gente se sorprenderá de que, en materia de libros, Venezuela no está tan mal como en otros ámbitos. Proporcionalmente, los venezolanos compran libros con más facilidad que los colombianos, por ejemplo. Las cifras de ventas en este país de 29 millones de personas y sin Nobel de Literatura son bastante parecidas a las de Colombia, con casi diez millones de habitantes más y fama de ser una nación de literatos. Aquí, Ibéyise Pacheco ha sido capaz de vender casi 50.000 ejemplares de su reportaje *Sangre en el diván*, sin contar los piratas. Pero no se sabe cuántos de esos libros que se compran en Venezuela son leídos efectivamente ni en qué medida un ejemplar es compartido por varios lectores.

La industria editorial en Venezuela es un archipiélago de incertidumbre. No hay cifras confiables, de origen privado ni público, que establezcan los hábitos de lectura de los venezolanos o las cifras anuales de impresión en número de ejemplares. No hay una estadística sólida de cuáles son los títulos más vendidos. La Cámara Venezolana del Libro no alberga a todas las empresas que deberían estar afiliadas. Y como en muchos otros territorios de la vida venezolana, hay una profunda división — y, en algunos casos, hasta competencia— entre lo que controla el Estado y lo que está a cargo de la iniciativa privada.

El Estado chavista ve la lectura como una extensión de la alfabetización y como un logro político, que se mide o se dice medir con estadísticas de cobertura, celebración de ferias, donaciones masivas y organización de talleres. En esa mirada concentrada en la cantidad, puede reclamar como logro el hecho de ocuparse de localidades y regiones que por su escasa población son desdenadas por la lógica comercial del sector privado, como ocurre con la cadena estatal Librerías del Sur, instalada a veces en poblaciones donde no hay librerías. Pero otra cosa es la diversidad de títulos —«bibliodiversidad» es el término con el que los libreros se refieren a esta dimensión vital de la relación con el libro— que ofrecen esas Librerías del Sur y la libertad temática con que el Estado chavista promueve o publica lo que quiere que la gente lea.

Rafael Osío Cabrices, periodista, autor de *El horizonte encendido: viaje por la crisis de la democracia latinoamericana*; *Salitre en el corazón: la vida cotidiana en la Cuba del siglo XXI* y *Apuntes bajo el aguacero*.

El Centro Nacional del Libro, organismo responsable de gestionar en Venezuela los números ISBN que necesita todo libro en el mundo para ser publicado, organiza en Caracas su feria del libro y coopera con el Ministerio del Poder Popular para la Cultura u otras instituciones controladas por el partido de gobierno en una agenda de promoción de la lectura que, si bien no tiene la rigidez ideológica que tuvo en la Unión Soviética o en Cuba, sí comparte con esos totalitarismos el énfasis en lo masivo y la conexión de los esfuerzos de alfabetización y difusión del libro con la agenda política del partido-gobierno. El sector editorial estatal cuenta, además de su cadena de librerías, con una enorme máquina para editar, la nueva Imprenta Nacional, instalada hace unos pocos años en las afueras de Caracas, y varios sellos editoriales, los más notorios de los cuales son los legendarios Monte Ávila Editores Latinoamericana y Biblioteca Ayacucho (dos prestigiosas instituciones de la cultura adeco-copeyana que han sobrevivido al chavismo, aunque sin su antiguo esplendor) y El Perro y la Rana, fundado por MinCultura en una de las gestiones de Farruco Sesto. En los últimos años ha ido desplazando a las editoriales privadas del enorme negocio de los libros de texto, con proyectos propios o coediciones con Cuba, y hasta ha comenzado a importar sellos independientes extranjeros, actuando ya no como una institución pública sino como un actor empresarial, en el modo en que lo haría un Abasto Bicentenario o una Cantv.

Frente a este poderoso sector editorial estatal está el sector editorial privado, con el que mantiene relaciones que pueden calificarse de tensas, si se piensa en lo que deberían ser, y de cordiales si se recuerdan las que tiene el Estado con los medios de comunicación no gubernamentales, por ejemplo. El chavismo no presta a los libros la atención que dedica a las pantallas y a los receptores de radio, aun cuando en las librerías también se lleva a cabo el combate chavismo-oposición por la vía de muchos títulos que se han publicado y siguen publicándose para plantear puntos de vista contrarios a los intereses de Chávez y sus herederos. No hay un clima abierto de censura y autocensura como en lo que queda del ecosistema periodístico venezolano, pero sí hay amenazas, presiones y fuertes distorsiones producidas por un Estado que se proclama socialista y, en muchos casos, se porta como una gran corporación, cuando no lo hace como un torpe y un poco cruel Leviatán burocrático.

El sector editorial privado tiene también, como la imagen en un espejo, tres instancias básicas: editoriales, imprentas y librerías. Las tres quieren trabajar más y mejor; las tres quieren obtener dólares de manera más fácil y, naturalmente, menos costosa; las tres se quejan de que las cosas se han puesto mucho más difíciles en los últimos años; y las tres alegan que no se dan abasto ante la demanda del público. De un modo similar a como ocurre en el ámbito gastronómico, en el de los libros ha habido en los últimos años un creciente interés de la gente, que contrasta con el encogimiento del sector productivo que debería atender esa demanda en aumento.

A mediados de la década anterior comenzaron a manifestarse en Venezuela varios fenómenos que produjeron más lectores o más fruición en los lectores existentes. Algunos de esos fenómenos son globales, hechos fortuitos o deliberados del negocio editorial transnacional que impactan aquí como lo hacen en Canadá, Singapur o Uruguay: autores que hacen leer a gente adulta que nunca ha leído, como el brasileño Paulo Coelho, los estadounidenses Dan Brown (*El código da Vinci*, *Ángeles y demonios*, y ahora *Inferno*) o Robert Kiyozaki (*Padre rico, padre pobre*) o la australiana Rhonda Byrne (autora del éxito esotérico *The secret*); gente como J. K. Rowling que, con su saga Harry

De un modo similar a como ocurre en el ámbito gastronómico, en el de los libros ha habido en los últimos años un creciente interés de la gente, que contrasta con el encogimiento del sector productivo que debería atender esa demanda en aumento

Potter, no solo lanzó a la lectura a cientos de miles de niños y jóvenes sino que revitalizó por completo la literatura para esas edades, que tiene hoy una salud exuberante con novelas sentimentales de vampiros, zombis o hechiceros; *hits* que salen de la nada, como la serie *Millennium* del sueco Stieg Larsson o *50 sombras de Grey* de la británica E. L. James.

Otros fenómenos que contribuyeron a la intensificación de la demanda de libros en Venezuela son internos: (1) un grupo de varios miles de lectores decidió buscar en las librerías respuestas a los cambios que estaba viviendo el país, tanto en crónicas y ensayos periodísticos como en novelas de autores nacionales, con lo que de paso forjó una relación de fidelidad con los escritores más resaltantes en esa tendencia o con las grandes figuras de los medios que publicaban también en papel; y (2) el control de cambio desvió hacia la edición local parte de la lectoría insatisfecha por la reducción de las novedades extranjeras. El resultado es una paradoja; interesante para quien estudie los rumbos del libro en una época en la que se habla de su probable desaparición a manos del dispositivo electrónico de lectura; llamativa también para el observador de la peculiar realidad venezolana; pero inquietante, por lo menos, para quien trabaja en esto.

Mariana Marczuck es una editora joven, pero muy veterana. Pasó por la oficina venezolana de la editorial colombiana Norma, luego estuvo varios años a cargo de la división de Ediciones Generales del Grupo Santillana y ahora dirige las operaciones de Planeta en el país. Su experiencia es muy elocuente sobre la magnitud de esa paradoja de la edición en Venezuela. Los ejecutivos del coloso español a los que reporta en Colombia y en España no entienden mucho lo que ocurre aquí, y esperan que la sucursal venezolana acumule deudas



INTERNET Y LOS NEGOCIOS

MANUAL PARA APROVECHAR LAS VENTAJAS DE INTERNET EN SU EMPRESA

CARLOS JIMÉNEZ



0212-555.42.63 / 44.60
edies@iesa.edu.ve

Internet no es el futuro, es el presente de los negocios. No obstante, las empresas han estado rezagadas en su aprovechamiento de internet y se han mostrado extremadamente cautelosas a la hora de invertir en los medios digitales. Las oportunidades existen; queda de parte de las empresas identificarlas y traducirlas en negocios concretos.

y deudas, pero siguen apostando a ella porque, cada mes, los números que genera la oficina en Caracas son sumamente atractivos. Por lo general, superan el presupuesto previsto; incluso en el desastroso marzo, cuando el sepelio del presidente Chávez paralizó el país.

«Ellos creían que habíamos sacado mal la cuenta», recuerda Marczuck, «porque en medio de las dificultades —esto es lo que más les cuesta entender— el consumo se mantiene y en algunos casos crece. Cuando paso el reporte mensual macroeconómico de la situación del país también se sorprenden con lo que hacemos». Las principales dificultades que ella enfrenta como directora general de Planeta en Venezuela tienen que ver con la falta de dólares:

Todo lo que uno logra en ventas o desarrollo de negocios debería verse reflejado externamente en el pago de compromisos con los autores. Pero no podemos pagar derechos de autor a esos escritores que venden libros aquí, porque no tenemos dólares para eso, ninguna providencia contempla ese uso de las divisas. Tampoco se pueden repatriar capitales. Pero el consumo aumenta en superación personal y autoayuda, literatura para jóvenes de las sagas vampíricas y zombis, y con los autores venezolanos como Ibsen Martínez, Leonardo Padrón e incluso Ednodio Quintero, quien está vendiendo muy bien para su género.

Pero Planeta tiene otros retos que no tienen mucho que ver con sus interlocutores allende las fronteras. Su principal dolor de cabeza es la escasez de papel:

Es cada vez más complicado importar ejemplares. Así que logré que me dejaran imprimir localmente ciertos títulos. Trabajo normalmente con una sola imprenta, pero últimamente, con las dificultades para conseguir papel en el mercado, hemos tenido que diversificar los proveedores, sobre todo en abril, mayo y junio, que fueron terribles. Pero es difícil encontrar proveedores que nos den la calidad que queremos. Cuando finalmente los conseguimos hay que lidiar con las fallas estructurales de las imprentas, que no terminan de concientizar que uno tiene o quiere tener una dinámica que consiste en dar novedades cada mes.

El título más masivo que ha editado Planeta recientemente fue *Inferno*, la nueva novela de Dan Brown, con el enorme tiraje (para Venezuela) de 30.000 ejemplares. «Se lo encargamos a otra imprenta y nos fue malísimo. No quería retrasarme tanto con respecto al resto del mundo, hice todo un plan de *marketing* y no me entregaron cuando debía ser. Fue todo un sufrimiento».

Ulises Milla está a cargo del Grupo Alfa, fundado por su abuelo y su padre en Montevideo y luego en Caracas. Maneja dos editoriales, Alfa y Puntocero, y cinco librerías en Caracas y Mérida, las Ludens y las Alejandría 332 aC. Milla coincide con Marczuck en que la conducta del lector no ha cambiado y en la angustia sobre las imprentas. «La situación se ha agravado», admite. «Este año hemos tenido varios episodios de falta de papel que han pospuesto lanzamientos, aunque en términos generales nos hemos defendido bien. Se le suma a esto el aumento general de los precios, que en lo que va de año es del orden del setenta por ciento en costos de impresión, algo que como es natural repercute en los precios de venta de los libros».

Por el momento al grupo Alfa se le ve aún editando constantemente, con temas que van desde la historia venezolana hasta la crónica periodística de asuntos globales, la psicología,

la narrativa emergente de la región y la investigación académica. Le ha ido muy bien en las ferias del libro de Caracas y Valencia, en especial el muy popular Festival de la Lectura de Chacao, que convoca a miles de personas que nunca pisan una librería. Tiene que arreglárselas con los turnos que impone la nueva Ley del Trabajo, en unas tiendas cuyas ganancias no permiten contratar mucho personal; pero, hasta ahora, Alfa sigue adelante con buen ritmo para el tamaño de los desafíos. Milla ve que los lectores siguen buscando sus libros, pero espera, como ocurrió luego de la devaluación de 2010, un frenazo en el consumo al cabo de algunos meses. «Lo que cuesta hoy 200 bolívares costará el doble a finales de año, y el libro no es un producto de primera necesidad».

La estructura de costos de un libro comercial típico es, por lo general, algo así: el diez por ciento del precio de venta al público se va en derechos de autor, es lo único que gana quien lo escribe; entre cuarenta y cincuenta por ciento de ese precio se lo queda el expendedor, la librería; y el cuarenta o cincuenta por ciento restante es para que la editorial cubra sus costos —edición, diseño, corrección, impresión, admi-

Un grupo de varios miles de lectores decidió buscar en las librerías respuestas a los cambios que estaba viviendo el país, tanto en crónicas y ensayos periodísticos como en novelas de autores nacionales

nistración y distribución— y obtenga una ganancia. En Venezuela y en toda Iberoamérica es común el patrocinio: una o varias instituciones cubren el costo mayor, la impresión, a cambio de un reconocimiento o por un interés particular en que ese libro se publique. Así publican varios de sus títulos las universidades, las ONG y hasta las editoriales comerciales. Los libros de texto son un negocio aparte, y también los llamados «corporativos», pagados por completo por una organización privada o pública, que a veces ni siquiera llegan a las librerías.

El autor, periodista y editor Sergio Dahbar dirige una revista sobre el sector editorial que acaba de cumplir siete años de heroica circulación ininterrumpida, *El Librero*, y ha fundado dos sellos editoriales que, junto con los libros corporativos, mantienen funcionando su Grupo Editorial Cyn-gular. Hombre también de mucha experiencia, trabajó en la mejor época de Monte Ávila y dirigió para Random House Mondadori una exitosa serie de crónica periodística, sigue apostando a libros basados en la investigación reporteril, en buenos testimonios personales o en ensayos muy originales. Su joven editorial La Hoja del Norte puede anotarse ya entre sus éxitos el superventas *Afuni, la presa del comandante*, de Francisco Olivares, que ha colocado casi 20.000 ejemplares. Desde su posición, considera que el circuito editorial está muy afectado por la escasez de insumos que la situación cambiaría produce en todos sus eslabones:

Es muy difícil trabajar e imposible planificar. Todo es muy inestable y el estrés que atraviesa la industria encarece todo aún más. Hay imprentas que dejaron de imprimir para ponerse a vender papel, porque tienen acceso a divisas y el papel está escasísimo. Hay demanda —menos de la normal— porque sigue habiendo, sorprendentemente, consumo, y las librerías se quedan sin ciertos libros, los más buscados. Los precios están deformados en todos los niveles. Lo laboral afecta sobre todo a las imprentas, pero

ahora los dos días de descanso y los pasivos también pesan mucho sobre las librerías. El parque impresor en Venezuela era de primera línea en América del Sur; ahora se ha quedado rezagado y ha perdido competitividad, porque nadie viene de afuera a imprimir aquí y porque las imprentas han abandonado tareas como las certificaciones ISO, por ejemplo. Nadie puede crear tampoco nuevas imprentas por los riesgos de expropiación o de tomas por parte de los sindicatos.

Dahbar ha tenido que lidiar, como editor, con los continuos retrasos, y ha aprendido que las ganancias tampoco son predecibles. «Un libro que editas puede darte sorpresas que no te daría en Colombia». Se alegra de que su negocio casi no tenga que manejar insumos. «Si tuviera una imprenta estaría muy mal. A esta industria le falta además personal calificado. Vienen colombianos a trabajar en las imprentas».

El respetado impresor Miguel Guanini, uno de los socios de Impresos La Galaxia, no duda en señalar al papel como su problema principalísimo. El Ministerio del Poder Popular para Industrias Ligeras y Comercio (Milco) no emite a tiempo los certificados de no producción que exige Cadivi para aprobar dólares para importar. La Galaxia no ha obtenido estos certificados en 2013, al menos para finales de julio, cuando Guanini rindió este testimonio.

Esto ocurre con nosotros y con otras varias imprentas. Eso crea problemas para varios meses. Cuando pides el papel a tu proveedor afuera, el molino te pone en una lista, tarda dos o tres meses en despacharte, luego un mes de navegación hacia Venezuela y luego se demora el puerto, que tardó dos meses en entregar la mercancía a finales del año pasado. Si nos dieran el certificado en julio, no creo que llegue el papel que pediríamos a fin de 2013, y los trabajos de fin de año, los más abundantes, se hacen en octubre, noviembre.

Un ingreso importante de las imprentas viene de cosas como agendas, calendarios y libros corporativos que se regalan en Navidad, que deben imprimir en el tercer o cuarto trimestre para que tengan sentido como obsequio navideño. Ese apetecido negocio no se puede planificar, porque no hay garantía alguna de que haya papel disponible para entonces. «En los demás insumos —tintas, planchas, cauchos— tenemos también problemas», sigue Guanini.

Nosotros no los importamos sino que los compramos a los proveedores de aquí, que son gente seria. Pero ellos tampoco tienen inventario, igual que nosotros no tenemos papel. Así que hay que empezar a buscar sustitutos sin la calidad ni el precio que uno necesita. Tenemos treinta años importando nuestro papel. Nunca habíamos llegado al punto de no saber si hay papel el mes que viene. No puedo comprometerme con ningún editor. Cuando tienen el contenido listo me llaman y veo si lo puedo hacer. Con el problema del puerto, ningún papel nuestro pudo subir a Caracas en septiembre u octubre de 2012, sino en diciembre. Durante la espera tuvimos entonces que comprar papel aquí, a un precio diferente al que estaba cotizado. Si tienes aprobado un trabajo lo tienes que cobrar treinta por ciento más caro. Traemos papel de Finlandia, Alemania, China y Brasil. Como no puedes pedirlo sin la autorización de Cadivi, no puedo iniciar las negociaciones. No hay manera de saber cuándo puedo tener ese papel.

CON EL COACH **ALFREDO C. ÁNGEL**

¿Eres un fumador regular?

¿Dejar de fumar es lo que quieres?

¿Le temes a las alturas, a los sitios cerrados, a los aviones o a algún animal?

¿Esa fobia limita tu felicidad y tu calidad de vida?

Tú puedes crear hoy el bienestar que quieres.

Las personas que trabajan conmigo dejan de fumar en serio o se liberan de su fobia para siempre.

Los testimonios contundentes en mi página web www.alfredocangel.com son pruebas de mi integridad, experiencia y efectividad para ayudarte a producir el resultado que quieres.

INTEGRIDAD • RESPONSABILIDAD • CRITERIO PROFESIONAL



MSc. Coach Profesional Certificado (ICC)
Experto en PNL (Society of NLP)
Mindfulness Trainer

Av. Principal de Lechería, Centro Empresarial Pineda y Pineda Mezzanina, oficina 4. Lechería, estado Anzoátegui
0414-821.02.51 / alfredocangel@gmail.com / www.alfredocangel.com

Atiendo grupos de, mínimo, cinco personas en Caracas, Valencia, Maracaibo, Maturín, Puerto Ordaz y Margarita

Paradoja dentro de la paradoja, sorpresa dentro de lo sorprendente, es Lugar Común, marca que comparten una cooperativa editorial fundada hace tres años y una librería abierta a principios de 2013 en la avenida Luis Roche de Altamira, en Caracas. Garcilaso Pumar, Rodrigo Blanco y Luis Yslas no se explican del todo por qué les está yendo bien; bien, para el tamaño de su emprendimiento. La editorial está por publicar su título número 15; entre sus libros, de crónica, ensayo, narrativa y poesía nada complacientes con el mercado, sobresale una rareza que es también su superventas, el volumen de cuentos *Ratón y vampiro*, un éxito entre los niños muy pequeños que ha vendido hasta el momento unos 3.500 ejemplares y ha sido adaptado al teatro. Ellos dicen que cuando lo sacaron a la calle desconocían por completo el mundo de la edición para niños. Los conocedores les decían que el libro no iba a funcionar, que no cumplía los parámetros, y lo lanzaron de todos modos.

«Nos metimos en esto por la crisis, no a pesar de ella», cuenta Garcilaso Pumar. Rodrigo Blanco opina que toda crisis tiene resultados positivos y negativos. «Hace unos años cerraron algunas librerías», dice el también escritor, muy celebrado por cierto, «pero más bien vimos eso como una oportunidad. La editorial no era tan ilógica; la librería sí. Como es ilógico que esté resultando. No cumplíamos ninguna de las condiciones para abrir un negocio. Nos ha tocado aprender, pero algo ya sabíamos de esto, al menos intuíamos». «Los tiempos del libro en Venezuela siempre han sido de crisis. Si fallábamos, igual seríamos parte de una tradición», bromea a medias Luis Yslas.

Pumar cree que Lugar Común se comporta como varias editoriales independientes similares en la región, exceptuando, como hay que hacer casi siempre, a Brasil.

Es normal para lo trastornados que deberíamos estar dentro de estas circunstancias. Será que los trastornos vienen por otro lado, porque hasta tenemos beneficios arancelarios, por ejemplo (en Venezuela, los libros no pagan IVA). Pero podemos competir con nuestros precios. La antología de José Balza editada por *El Nacional* vale 520 bolívares; nosotros vendemos bellas ediciones de la editorial argentina Eterna Cadencia a 280. La estructura de costos es algo por lo general muy pesado para una editorial. De hecho, suele ser una excusa para no trabajar. Sin embargo, Lugar Común mantiene la misma con la que empezó porque no tiene intermediarios: los seis hacemos todo y compramos nuestro papel.

Blanco agrega que aquí las iniciativas privadas tienen que defenderse de un Estado en contra: «Una situación verdaderamente loca en la región. Y en Chile, sin embargo, el mercado del libro está paralizado». «El Estado importa editoriales como Sexto Piso. ¿Para qué?», pregunta Pumar. «Para matarnos a nosotros. Venden esos libros a 120».

Lugar Común fue creada como un proyecto a veinte años, que implica la construcción de un catálogo. No cuenta con financiamiento. «Cada título nos dará un poquito más», confía Pumar. «Nos la jugamos en cada uno», declara Blanco. «*El libro de Esther*, de Juan Carlos Méndez Guédez, el primero que publicamos, se sigue vendiendo. Ahora haremos un escándalo con la reedición de nuestro tercer título, *Las guerras íntimas*, de Roberto Martínez Bachrich. No creemos que los libros mueren». «Creemos en el trato personalizado a cada autor y a cada título. No los abandonamos», asegura Yslas. Saben, por supuesto, que algunos títulos no

funcionan, cosa que tampoco se puede prever. Hablan de decepciones, pero también de batacazos. «Hay demasiado azar, pero eso nos gusta», dice Blanco. «Eso convierte este negocio en un juego también», agrega Yslas. «Somos una contradicción general», concluye Pumar. «Hacemos tirajes básicos de 1.200 a 1.400 ejemplares. Lo mismo que hacen los demás. Ninguno de nosotros siente que arriesga nada».

El mundo del libro es un mundo de riesgo, y está sometido a transformaciones en todo el planeta. En España, la piratería, confinada en Venezuela a los grandes superventas que se copian para vender en las autopistas o las librerías desatendidas de la provincia, está torpedeando el emergente

«El parque impresor en Venezuela era de primera línea en América del Sur; ahora se ha quedado rezagado y ha perdido competitividad, porque nadie viene de afuera a imprimir aquí y porque las imprentas han abandonado tareas como las certificaciones ISO, por ejemplo»

mercado del libro electrónico; en la región andina, prácticamente, hay un libro ilegal por cada legítimo. En Estados Unidos cerró la cadena de librerías Borders y por todos lados se habla de librerías independientes que sucumben ante la presión de los gigantes, que se están tragando no solo tiendas sino también editoriales. La italiana Feltrinelli compró buena parte de la legendaria editorial española Anagrama y el grupo Bertelsmann, dueño ya de la enorme Random House Mondadori, se hizo de la división de Ediciones Generales del amenazado grupo Santillana, con lo que pasó a controlar sellos como Alfaguara, Aguilar y Taurus. Santillana redujo al mínimo lo que fue una gran operación en Venezuela y Random House Mondadori se fue por completo, dejando tras de sí una distribuidora, Nobel Libros, mediante un acuerdo con la cadena Nacho.

Cambios van y vienen y el sector del libro en Venezuela sufre lo que sufren los demás. Pero está esa sed de libros: una demanda que no podrá ser subsanada por los dispositivos electrónicos, hasta ahora de poca penetración en Venezuela. El apego al libro de papel como objeto es muy fuerte, incluso entre quienes no leen, que compran libros para regalar a otros porque sienten que ese regalo los hace quedar muy bien.

¿Qué pasará en el futuro? Dice Mariana Marczuck, de Planeta, que afuera están muy a la expectativa de las promesas del gobierno de solucionar el problema de Cadivi. «Hace unos meses tuvimos una reunión en el BCV con Industria y Comercio, y fue muy abierta, pudimos hablar varios miembros de Cavelibro. Algunos han logrado ciertos avances luego de esa reunión».

Para Ulises Milla lo que prima es la incertidumbre:

Me cuesta especular sobre cómo se va a desarrollar esto. No obstante, no hemos reducido nuestro plan de edición. A diferencia de otras editoriales mantendremos el sistema de consignación y los descuentos habituales que damos a las librerías. Nuestra estrategia en general es tratar de beneficiar al librero en la medida de lo posible. Pero no me atrevo a asegurar que lo que pensamos hoy lo vayamos a pensar en tres meses. ■